

PONDERACIÓN DE UNA PRÁCTICA COMÚN

“...una clase es una obra en colaboración
en la que quien escucha no es menos importante que el que habla”
Jorge Luis Borges

Los textos que componen esta publicación han sido pensados para ser dichos; son, en su mayoría, clases.

Muchos de nosotros hemos dado o damos clases; muchos hemos hecho de ese ejercicio una oportunidad para desarrollar nuestro interés, estimular nuestras lecturas y exponer lo que pensábamos sobre un asunto.

Se lo suele considerar, no obstante, una suerte de género menor. Esto obedece a ciertos factores que se dan por sentado.

Por un lado, se lo ha reducido a una práctica de profesor, al que, después de que Lacan lo sentenciara como alguien para quien ha dejado de plantearse la cuestión del deseo, nadie quiere acercarse so riesgo de contaminación.

Lacan habla de algo que hemos conocido muy bien (hubo quien repitió sin variación sus clases, incluidos los chistes con que las matizaba, a través de décadas); esa figura tiene precisas encarnaciones y no se la podría delinear en términos más justos.

También es cierto que la misma no se realiza por el hecho de dar clases y ni siquiera por un lugar institucional; hay profesores (es el nombre del cargo en una universidad), en nuestro país y en otros, que distan mucho de parecerse a ese personaje triste del que habla Lacan. No hace falta dar nombres.

Por otro lado, se mantiene el mismo prejuicio que nos asiste cada vez que hablamos de un género. No es que tengamos que prescindir del uso de esa noción aunque la objetemos de manera permanente. Para Saer -es un ejemplo- emprender una novela implicaba convertirse hasta cierto punto en un anti novelista, en alguien que aspira a renovar su lenguaje, cuestionar sus evidencias, forzar sus límites, reinventar sus formas e, incluso, disolverlas.

El prejuicio del que hablamos consiste en imaginar que, reconocidas ciertas coordenadas genéricas, podemos calcular de antemano lo que puede ocurrir y también lo que jamás ocurriría; consiste, en una palabra, en pretender que esas coordenadas fácticas o semiológicas son límites. Tampoco hace falta decir que mucho de lo que ocurre sucede, para nuestra alegría, inesperadamente en los lugares más inesperados.

Finalmente, otra razón para tener en menos una clase es considerar que ésta se dirigiría a un auditorio (real o virtual) en posición discipular que, en tanto tal, no supone mayores riesgos para quien expone su lectura. No diré que estas cosas no suceden. Suceden todo el tiempo. Algunos casos son notables: un maestro idiota da clases a un público (es la palabra que conviene) que uno no sabe si es o se hace, o si debe idiotizarse a paso forzado para no “perder la cabeza”.

Hay, no obstante, al menos dos objeciones para no hacer de estos hechos ciertos una regla: la primera es que no podemos estar seguros de lo que puede llegarnos de un discípulo; la historia es muestrario suficiente de que es frecuente que las más agudas críticas y subversiones (también los más lamentables retrocesos) de un pensamiento provengan de quien pudo haber sido un discípulo devoto. Se dirá, “pero quien recibe una clase no es exactamente un discípulo, es un alumno”. (nuestra comunidad está llena de estos matices semánticos que se elevan a categorías). Digamos que aunque esta diferencia pudiera plantearse, no podría serlo de antemano y tampoco asegurarse de ningún artificio institucional.

La segunda es que mucho menos podemos dar por seguro el lugar de destinación de una palabra; ese lugar, siempre incierto, es el interlocutor secreto e ignorado, para cada uno que tome la palabra. Tampoco hace falta, entonces, decir que los riesgos no podrían ser mensurados a priori.

Uno de los modos en que a veces se indica ese otro que participa desde el inicio en todos los planos de la elaboración intelectual (en idéntico sentido en el que Lacan anota que el analista participa en la producción del sueño) reside en lo que se le puede suponer al auditorio o al interlocutor. Freud siempre se dirigió a un auditorio inteligente, capaz de entender, de plantearle legítimas o razonables objeciones y, por sobre todo, capaz de aceptar las premisas y las nociones fundamentales del psicoanálisis sin rechazarlas a causa de las resistencias que éstas pudieran provocar. Freud se confiaba a un interlocutor que estaba a la altura de su descubrimiento y este interlocutor no fue ajeno a la posibilidad misma de ese descubrimiento, al rigor al que Freud siempre sometió sus ideas y a su coraje para extraer las consecuencias que se les impusieran, aun cuando éstas le obligaran a repensar sus piezas aparentemente mejor establecidas.

Freud dejó de sentirse solo en cuanto tuvo un círculo con el que pudo mantener un intercambio a partir de la convicción de la existencia del inconsciente. Sabemos que esa comunidad (como cualquiera) era más supuesta que efectiva, pero esa suposición le resultó preciosa para proseguir la marcha.

En contraste, Jung le escribía a Freud para avisarle que daría una conferencia sobre el psicoanálisis, pero que omitiría hablar de la naturaleza sexual de la pulsión, dado que creía que su auditorio no estaba preparado para aceptarlo. Se dirá con razón que era Jung el que no aceptaba lo que consideraba apenas una parte entre otras y tal vez no esencial de la teoría, pero el psicoanálisis nos muestra que lo que pensamos no puede separarse tan prolijamente del lugar al que se dirige; es el nudo que hace al misterio de su fuente (“todo acto psíquico comienza por ser inconsciente”).

Creerse solo, aunque se lo esté, no es cosa buena para el rigor de un pensamiento.

Freud recurrió a las lecciones para exponer el punto alcanzado en distintos momentos por la teoría y la práctica del

psicoanálisis. Algunas fueron escritas y hasta completadas a posteriori manteniendo el tono de la presentación oral, otras fueron escritas como si estuvieran siendo dichas cuando, según nos informa, ya le era muy dificultoso hablar.

Cuando un texto es concebido bajo esas circunstancias (reales o ficticias) lleva en sí ciertas marcas características; en particular, una mayor presencia del interlocutor. Aunque esta característica no le es privativa, es cierto que escribir anticipando o imaginando una audiencia porta sus huellas.

No cabe duda de que podrían señalarse los seguros rasgos diferenciales entre un texto producido bajo la incidencia de esta anticipación y los que prescinden de la figura de la audiencia, pero lo que se escribe pensando en que será dicho, no deja de estar escrito de la primera hasta la última letra.

“Roberto Artl, yo mismo”, de Oscar Masotta, una pieza maestra del ensayo argentino, literalmente única, cuanto que inaugura una práctica improbable, de esas que se leen una y otra vez para volver a asistir al prodigio de su posibilidad y cuyo secreto se nos sigue escapando porque está hecho de la tela con que se teje una existencia, forma parte de esos textos. Desconocemos los hechos ¿Masotta le habló a la audiencia, leyendo sólo las partes de la novela que había iniciado? ¿Leyó todo el tiempo? No lo sabemos y no podríamos decidirlo; a veces es muy difícil adivinar esos pormenores. Es sorprendente, por ejemplo, enterarse de que M. Foucault llegaba a su cátedra, en donde ponía a prueba el estado de su investigación, con sus clases escritas y las leía rápido y con voz monocorde. Cuando uno las lee, ahora, siente el tono amable, pausado y encantador que acompaña la elegancia de su pensamiento.

Tal vez uno de los momentos más bellos de la prosa de Lacan se produce en su comentario sobre el sueño del hombre que se ha dormido mientras vela a su hijo. Es una página maravillosamente escrita en ocasión de su enseñanza oral y se parece poco al estilo de sus Escritos; es otra la sintaxis, otro el ritmo y la respiración, otro el pathos.

Masotta daba muchas clases, algunas se publicaron, otras circulaban desgrabadas entre sus alumnos y amigos de sus alumnos. La “Introducción a una lectura de Jacques Lacan” provino de una serie de clases dictadas en el Di Tella, “Edipo, castración, perversión”, un texto que fue una suerte de faro estratégico para varias generaciones, había sido concebido como clases a dar en una cátedra de la Universidad de Buenos Aires.

Se tiene por costumbre sentenciar que las clases y las formas diversas del comentario pueden distanciar y obstaculizar el acceso a las fuentes. También es cierto que ocurre con frecuencia (aunque creemos que en el que así suceda no es menor la responsabilidad del lector o del oyente). Los comentarios del mismísimo Lacan funcionaron de ese modo respecto de la lectura de Freud; después, los comentarios de otros relevaron de leer a Lacan.

Pero no siempre es así. Sencillamente ocurre que una clase puede ser una ocasión entre otras en la que alguien se siente provocado por un nuevo entusiasmo y aguijoneado por el anhelo de leer. Feyerabend creía que toda enseñanza debería proveer de los medios para defenderse de ella misma, pero dichos medios no son discernibles de los modos en que se estructura esa enseñanza. Las clases de Masotta fueron ejemplares.

No fue el único. Cierta generación, en Argentina, aquella que se acercaba a la lectura de Lacan en los primeros años de la década del 70 -que había tenido entre sus manos una parte de los Escritos antes que los seminarios, que en su mayoría había leído las notas-resúmenes de Pontalis sobre el seminario 5 antes que el seminario mismo, que mientras estudiaba francés para prescindir de las decisiones editoriales, leía el seminario 11 antes que muchos de los que los precedían- encontraba en la lectura de las clases que salían de esa institución nueva, no inventada, pero sin duda extendida y robustecida por los psicoanalistas, el grupo de estudio, una manera de soportar no entender; acaso una manera de aliviarse en la dificultad de entender esa cosa difícil que es el psicoanálisis. “Es que el psicoanálisis es difícil”, había dicho Masotta y constituía el punto central de lo que quería hacer sentir en aquel momento.

Hay en toda clase una vocación de claridad: alguien quiere hablar a otros de su lectura, de lo que cree haber comprendido sobre determinada cuestión, quiere decir su punto de vista, argumentarlo, hablar, también, llegado el caso, de sus perplejidades, compartir sus preguntas; y quiere hacerse entender.

No podríamos por una apelación genérica al malentendido, siempre demasiado cierta (una verdad boba), desdeñar esa vocación o disolverla en ese mar donde todo se equivale o viene a dar lo mismo.

Todos estamos al tanto, es casi vano insistir en ello, de que la dificultad del psicoanálisis suele apaciguarse con una colección de aforismos o de meros modismos que de tanto pronunciarlos, como un mantra, producen la sensación de haber resuelto un problema que ni siquiera ha alcanzado a plantearse.

Es, de cualquier modo, un motivo más que suficiente para celebrar esa vocación de claridad por la que alguien ha querido aclararse con la responsabilidad de hacerlo para otros.

Estos textos se reconocen criaturas tardías de nuestra reciente tradición argentina y quisiéramos que expresen nuestra gratitud hacia aquellos que han practicado y practican ese género humilde y generoso.